

CRÍTICA LITERARIA.

ANACREÓNTICAS DE ÚLTIMA MODA

POR

DON JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA (1).

Si hubiera de graduarse el valor de los libros, no por el mérito, sino por el peso, de seguro habría que no hacer caso del diminuto opúsculo en verso, titulado *Anacreónticas de última moda*. Los que piensen en razón y crean con Cervantes que no hay discurso largo que aun siendo bueno lo parezca, estimarán en mucho estas fugaces poesías del Sr. González de Tejada, que no ha necesitado mayor campo para explayar su inspiración, tersa, fresca, lozana, candorosa y epigramática.

No faltará quien tache de extravagante un juicio que encuentra reunidas y como confundidas en un mismo punto calidades tan opuestas como el candor y la intención satírica. Y sin embargo, en esta rara amalgama de elementos que en cierto modo se excluyen, encuentro yo la originalidad de este precioso librito, de poco volumen pero de buena sustancia y de claro y limpio estilo.

(1) Habiéndose publicado recientemente una nueva edición de las preciosas y originales *Anacreónticas de última moda* encomiadas por publicaciones extranjeras tan graves como la *Revista Británica*, hemos creído conveniente reproducir el juicio que hizo de ellas nuestro insigne y querido maestro el Sr. Cañete, del cual tradujo gran parte, y por cierto con grandísimo elogio, aquella importante *Revista* francesa.

Muchos caminos hay para condenar el vicio, todos recorridos y trillados por ingenios de diferentes edades. Encontrar un nuevo sendero urbano, decoroso y útil, por lo mismo que la sátira se desliza suavemente como culebra entre flores, es ser verdadero poeta.

La originalidad no viene cuando se la llama, sino cuando quiere venir, y, por punto general, cuando ni siquiera la esperamos. Caprichosa como mujer, esquivo los extremados rendimientos y gózase en sorprender con sus favores á quien poco ó nada se desvive por alcanzarlos. Tal acontece con el joven autor de las *Anacreónticas de última moda*. Ni una sola vez siquiera abandona la corriente de lo que parece fácil. Nunca se le ve correr en busca de lo sorprendente ni de lo insólito. Y sin embargo, en sus rasgos líricos los hay del mayor efecto, y tanto más apreciables cuanto menos rebuscados.

En González de Tejada la inspiración poética es manantial clarísimo que fluye sin dificultad ninguna, y que ve ornada su margen de flores en quien se hermanan la ingenuidad y el suave olor campesino con la elegancia y tersura de las criadas en estufa aristocrática. Popular por la sencillez y clareza de términos que emplea en todas sus composiciones; erudito por la corrección del estilo y del lenguaje, González de Tejada derrama á veces de su lira perlas preciosas que en su natural modestia no procura hacer valer, pero que dejan satisfecho al conocedor que las recoge, por la pureza y perfección de su oriente. Los amantes de la poesía que no conozcan alguno siquiera de los preciosos *romances* de nuestro joven poeta, cuya dúctil musa tan pronto emula el candor anacreóntico de Villegas ó de Meléndez, como adopta el tono zumbón, jacaresco y festivo del gran polígrafo español del siglo XVII (arrojándose á bizarrías fraseológicas semejantes á las de aquel insigne filósofo y gran satírico, siempre en el radio de los hábitos y costumbres y del habla castiza del tiempo presente), podrán formar idea de lo que vale su ingenio sólo con leer las *Anacreónticas* de que voy á hacerme cargo.

Nadie que haya visto á González de Tejada sin saber cuáles son sus facultades poéticas, podrá ni remotamente figurarse que el autor de sátiras tan delicadas, de composiciones tan picarescas, de rasgos tan originales y tan cómicos es el joven pausado,

rechoncho, moñetudo y coloradito, cuya sonrisa jamás revela amargura, incapaz de hacer daño á nadie, modesto, respetuoso, leal, modelo de hijos y de amigos, que al lado y como perpetua sombra de su padre cruza todas ó casi todas las tardes las calles Mayor y de Alcalá, dirigiéndose á las frondosas arboledas del Buen Retiro, ó bien se encamina á los jardines del Campo del Moro, ó á la Montaña del Príncipe Pío, siempre á donde agrada más ó puede ser más conveniente al digno y respetable autor de sus días.

No se busque en González de Tejada ninguno de los desórdenes y extravagancias sin los cuales creen muchos jóvenes de ahora que no se puede pasar por *genio*. Nuestro candoroso poeta no cifra su reputación en meditar chistes venenosos, ni en buscar la oportunidad de decirlos en público para hacer efecto; no se goza en morder reputaciones ajenas; ni disputa fuerte y groseramente en los cafés á las altas horas de la noche; ni presume de terror de los maridos; ni juzga que el mejor modo de saber es no estudiar; ni blasona de duelista; ni siquiera se tiene por apóstol venido á regenerar la sociedad ó á *explotarla*, como ahora se dice y se hace. González de Tejada es pura y simplemente lo que llaman nuestros vecinos los franceses *un bon enfant*, que cree, y cree muy bien, que el numen poético no está reñido con la buena educación ni con las buenas costumbres, y mucho menos con el respeto á los padres, con el amor á la familia, con nada, en fin, de lo que da á conocer en todas partes á las personas verdaderamente honradas y distinguidas.

Pero dejemos al autor y vengamos á la obra.

Anacreónticas de última moda se denominan con muchísima razón las de González de Tejada: el serlo constituye acaso el mayor timbre de la preciosa colección que me atrevo á recomendar al buen gusto de los lectores. Alguna vez la moda había de ejercer influjo saludable en las bellas letras; la moda, tirano que despotiza con impunidad, y cuyos caprichos en otros muchos particulares suelen ser tan insensatos como gratamente obedecidos.

No en todo, sin embargo, ha sido el autor fiel á lo que anuncia el título de su opúsculo. Moda es, y moda á la que se suele rendir más culto de lo que fuera conveniente, no contentarse con menos el satírico que con personificar en uno ó en varios indivi-

duos determinados el vicio ó la ridiculez que trata de censurar, ya presentándolos desnudos al pasto de la maledicencia común, ya cebándose en arrancarles tiras del pellejo á fuerza de latigazos, convirtiéndolos por arte de la implacable malignidad de la musa en émulos de San Bartolomé. Nuestro poeta ha echado por otro camino de menos seguro éxito, quizá de menos trascendencia, pero más conforme con su humor naturalmente satirico, burlón, profundo á veces bajo la apariencia de ligero, pero al mismo tiempo ¡cosa rara! benévolo y compasivo. González de Tejada no se irrita, no se enfurece contra el vicio; se ríe de su desvergüenza, lo retrata con acerba ironía, pinta indirectamente sus iniquidades y desvarios; pero con un aire de candorosa ingenuidad más sangriento aún, si cabe, que el más terrible apóstrofe juvenalesco, gracias al original contraste que forma lo agudo y acerado de la intención, siempre trasparente como el cristal, con la inocencia de la frase.

Cantar el amor sencillo, el vino, la alegría, los placeres suaves, las flores del campo, como lo hicieron Villegas en los primeros años del siglo XVII, y Cadalso y Meléndez mediado ya el XVIII (todos siguiendo la pauta que trazó el poeta jónico en sus inmortales *anacreónticas*), fuera en los tiempos que alcanzamos un verdadero anacronismo. Hoy el amor que generalmente prevalece en las grandes ciudades no viste pellico, ni se agrada en arrullar como tórtola, ni persigue inocentemente en las praderas, á par del objeto amado, aligeras mariposas. Joven hay recién salido del cascarón, *gastado* ya y desengañado del mundo, que dejaría plantada á la misma Venus, de no apresurarse esta á ofrecerle sus favores, ó que trocaría sin esfuerzo el entremezclado blanco y carmín de la más hermosa mejilla por los cambiantes de un ópalo ó por el brillo de un diamante, y tanto más cuanto más valiesen estos. González de Tejada lo ha comprendido así, merced á su fino talento observador. Por eso, confundiéndose entre la turba multa de jóvenes amantes de *última moda*, describe su amor en los términos siguientes:

«Retrátame, fotógrafo,
con fiel daguerreotipo
á la que á mí me gusta
conforme la imagino.

La cara..... importa poco;
 la pones de capricho,
 y el pelo negro ó rubio
 que para mí es lo mismo.

Mas fúlgidos diamantes
 den á sus hebras brillo
 y dos lámparas de oro
 columpien sus oídos.

Moreno pinta el cuello,
 ó bien alabastrino,
 cubierto..... por decoro,
 de perlas y zafiros.

¡Envidie toda hermosa
 su seno, cual yo envidio
 lo que costó el encaje
 que apenas le da abrigo!

De ricas telas cubre
 su lindo cuerpecito:
 que el forro siempre aumenta
 el precio de los libros.

De su pomposa falda
 sentir pienso el crujido,
 que dulcemente anuncia
 un corazón *muy rico*.

Si en ancha carretela
 tumbada me la pinto,
 ¡qué lujo en las libreas!
 ¡qué yeguas las del tiro!

¡Dichoso el que á su lado,
 ó en el asiento mismo,
 chupando el puro exclame:
 «¡cuanto me cerca es mío!»

O píntala de baile,
 en Misa, en el Retiro,
 de lujo siempre ornada
 y espléndidos hechizos.

Mas ¡ay! copiar no puedes
 su más grande atractivo:
 los duros de su padre;
 ¡que es lo que yo codicio!»

En esta preciosa *oda* (aceptando la denominación que dió á las suyas el lírico de Teyo) ha sabido González de Tejada imitar discretamente el giro y hasta cierto punto la economía de las XVII y XXII de Anacreonte, sin por eso malograr en lo más mínimo su pensamiento. Familiarizado con el espíritu, carácter y forma de la poesía anacreóntica, el autor de las *de última moda* no se violenta poco ni mucho para dar á sus satíricas y epigramáticas inspiraciones el colorido propio del género, aunque en el fondo difieran tanto entre sí las eróticas del antiguo poeta griego y de sus imitadores y traductores castellanos, y las de González de Tejada.

Si se quiere una muestra clara de cómo el verdadero numen poético, sea cualquiera el género que cultive, sabe llegar á la originalidad cuando parece que más rinde tributo á la imitación, véase aquí la oda II de Anacreonte, tal como la tradujo en fáciles versos con admirable fidelidad el Sr. Castillo y Ayensa, y compáresela con la también II de nuestro moderno autor, titulada *Estorbos*. La de Anacreonte, que trata *de las mujeres*, dice así:

«Naturaleza al toro
dió cuernos en la frente,
casco duro al caballo,
pie ligero á la liebre:

Al león dió por boca
sima voraz de dientes,
el volar á las aves,
el nadar á los peces:

Al hombre fortaleza
¿y nada á las mujeres?
sí, que les dió hermosura,
arma la más potente.

Dióselas en vez de escudos,
en vez de espadas fuertes:
vencen con ella al fuego,
con ella al hierro vencen».

La de González de Tejada, en cierto modo parodia de la anterior, entraña un pensamiento desconsolador, pero exactísimo en todos tiempos y hoy más que nunca. Héla aquí:

«Dióle natura al ciervo'
 dos ramas en la cholla,
 emblema de ignominia,
 diadema que le agobia.

Dióle al pavón dos zancas,
 que afean su persona,
 y al vivo ratoncillo
 la interminable cola.

Al asno dióle orejas
 y voz áspera y ronca,
 y al grave dromedario
 cargóle una joroba.

Y al hombre (hoy habrá pocos
 tal vez que lo conozcan)
 ¿el qué le dió? vergtienza,
 que es lo que más estorba.

Por eso el que la pierde
 vive feliz y engorda,
 y todos le veneran,
 y crece y se remonta».

Esta observación de cómo el poeta que verdaderamente lo es llega á la originalidad hasta por el camino de la imitación, toca más en el presente caso al estilo, al modo de expresión, á la forma, que al género y á la esencia de estas sátiras ó epigramas hábilmente disfrazados de anacreónticas. Pero ya que me he separado, aunque de pasada, de lo que constituye, digámoslo así, el fondo del asunto á que me refiero, séame dado ahora llamar la atención del lector hacia la claridad y tersura del estilo de nuestro poeta, sobrio y formado ya como el de un maestro. Y no se diga que es mérito poco digno de alabanza el que haya claridad en un escrito. En los tiempos que alcanzamos, tratándose de un poeta, y lo que es todavía más, de un poeta joven, oficinista, doctor en jurisprudencia, la claridad y sencillez con que expresa sus pensamientos no es sólo un mérito, es casi casi un acto heroico.

Cuando vemos que ha invadido todos los ramos de la literatura un gongorismo de nueva especie que blasona de hablar *horrendo* (como decía Juan de la Cueva), que mancha con innecesarios neologismos la nativa pureza del idioma, dando tortura á las voces y asignándoles arbitrariamente significados distintos de

los suyos propios; cuando tienen gran séquito y deslumbran á la multitud escritores que hacen gala del sambenito, descoyuntando la frase para expresar de un modo imperfecto ideas que en su mente quizá no han salido del estado de embrión, ú ocultar la carencia de pensamientos á fuerza de acumular hojarasca; cuando en la cátedra, en la tribuna, en la prensa, en los ateneos y liceos, hasta en las sociedades donde se ventilan asuntos prosáicos y positivos ha sustituido la algarabía filosófico-económico-poética al lenguaje claro, liso y corriente de quien trata de exponer su opinión en términos inteligibles para los hombres sensatos; cuando la imaginación, contagiosa de suyo, no se limita á llevar esta epidemia al estilo, como los cultos del siglo XVII, sino que el vicio gongórico toma vuelo, penetra en la región de las ideas, y lo embrolla, confunde y desfigura todo, ya se trate de materias religiosas ó filosóficas, ya de asuntos políticos, morales ó literarios; cuando sucede todo esto, repito, hablar ó escribir con naturalidad y sencillez, desdeñar esa vana pompa, no sólo es mérito digno de alabanza, sino acto verdaderamente heroico. González de Tejada cree, con el cantor de Heliadora, que donde no hay claridad no hay luz ni entendimiento. Gallardamente lo expresa en su anacreónica de despedida cuando dice

«que el agua y el poeta
deben de ser muy claros».

Y á fe que no desmiente el precepto con el ejemplo. Lo que parece mentira es que haya hombres tan obcecados, inteligencias tan desvanecidas ó viciadas que tengan por cosa posible acertar sumergiéndose en tinieblas.

Y no porque aplaudo en el autor de estas preciosas anacreónicas la condición de que menos se debe prescindir en las obras del entendimiento humano, la claridad, vaya á creerse que prefiero lo trivial á lo encumbrado. Nada de eso. Ambos extremos son viciosos; y la naturalidad que decae hasta llegar á convertirse en trivialidad, pierde al instante mismo todo su encanto. Las dos anacreónicas citadas demostrarán al menos versado en el conocimiento de nuestra lengua, que González de Tejada es uno de los pocos ingenios españoles contemporáneos que han resuelto el problema de ser natural y sencillo sin dar en trivial;

problema erizado de dificultades, como todos los que en poesía tocan á la índole especial del pensamiento ó al modo de expresión peculiar de cada uno. Ya lo dijo con su acostumbrada superioridad el maestro de los maestros: *Difficile est proprie communia dicere*.

Bajo la humilde apariencia de verdades triviales, González de Tejada formula epigramáticamente sentencias que van como saeta á dar en el blanco del vicio que se propone condenar y ridiculizar. La ironía es el arma de que más se vale, como también la más á propósito para el fin á que se dirige. Pero la emplea con tal maestría, la maneja con tanta urbanidad y donaire que nunca se hace monótona. Y luego ¡qué manera de versificar! ¡Qué epítetos tan adecuados! ¡Qué sobriedad de palabras al describir! ¡Cuánta amargura al aconsejar lo contrario de lo que se debe hacer, esto es, lo mismo que hoy hacen muchos (sin necesidad de que nadie se lo aconseje) arrastrados por el oleaje de la anarquía moral en que naufragan los más puros y nobles sentimientos, movidos del ansia de adquirir lo que ahora se llama una elevada posición, sin reparar en los medios! ¡Cómo al oírle exclamar, hablando de la *vida pública*:

«Fabio, vergüenza á un lado,
enristra lengua y pluma;
que asusta el primer paso,
mas luego nada asusta»

se agolpan á la imaginación mil y mil nombres, mil y mil historias de horribles luchas morales en que al cabo la virtud quedó vencida y triunfó la más vil de las prostituciones, la prostitución por interés! Estremece pensar por qué tormentos tan terribles pasará el hombre que no sea un malvado antes de dar en la senda de perdición ese primer paso, después del cual nada *asusta*, como observa profundamente nuestro autor anacreóntico. ¡Ah! si pudiéramos penetrar en el alma de los hombres que han atropellado por todo para realizar sus ambiciones, y á muchos de los cuales solemos mirar con envidia, cediendo á estímulos inherentes á la mísera flaqueza humana; si pudiéramos asomarnos al abismo de su corazón y ver los dolores y amarguras que en allí se encierran, ¡cómo lejos de envidiarlos y de codiciar su suerte nos apartaríamos de ellos arrasados los ojos en lágrimas compasivas!

¿Y quién que lea la anacreónica destinada á ensalzar las *gangas de la modestia* dejará de recordar las preciosas odas á la *barquilla* del fénix de los ingenios, con la espontaneidad y colorido de las cuales tiene tantos puntos de contacto en su primera mitad la composición de González de Tejada? ¿Ni por qué privar á los que todavía no la hayan leído del gusto de conocerla y saborearla?

«¡Cuán manso el arroyuelo
por la pradera corre,
y en sus cristales puros
refleja el horizonte!

Allí baña el cordero
sus cándidos vellones,
y el oro y plata imitan
los peces bullidores.

Él fecunda los campos,
haciéndoles que broten
alfombras de esmeralda,
guirnaldas mil de flores.

Nadie sabe que existe,
nadie le puso nombre,
y sólo en él se miran
las nubes y los montes.

Al Océano en cambio
decid ¿quién no conoce?
Ensálzanlo poetas,
retrátanlo pintores.

Mas ¡ay! aquellas olas
que espumosas se rompen,
de náufragos sin cuento
remedan los clamores.

¡Cuántos en frágil leño,
y entre riquezas pobres,
inútiles alzaron
desesperadas voces!

Aprende, aprende, Fabio,
tan prácticas lecciones,
y haz mal, si premios quieres
lograr entre los hombres.

Que el daño no se olvida,
se olvidan los favores,
y el hombre honrado es tonto,
sublimes los bribones».

Tiene razón el poeta. En los tiempos que alcanzamos *hacer mal* es uno de los más eficaces medios de *hacer fortuna*. Todas, casi todas las lecciones que en la vida publica se reciben vienen á corroborar esta máxima egoista. Preciso es que sea muy bueno el que con tal enseñanza no llega al fin á hacerse muy malo. La adulación, el servilismo y la bajeza rara vez dejan de encontrar buena acogida en aquellos mismos que tienen más obligación de ser justos, rectos, dignos é imparciales. La bufonada de un sándio y la lisonja de un pillo suelen ser más aceptas para el que manda, que la verdad generosa ó la respetuosa consideración del hombre honrado y decente. La vida pública es una especie de purgatorio privado para todo el que siente y piensa con nobleza. El intrigante, el audaz, el traidor, el maldiciente, el perdonavidas, el difamador, el agiotista, el logrero político, todas las infinitas variaciones del tema *bribón*, que tanto abunda por desgracia,—ó se imponen al poder amenazando, ó le sirven para representar papeles que nunca aceptan los hombres de bien. En cualquiera de estos casos los bribones son más atendidos y reciben mayor recompensa que el hombre inteligente y laborioso que no pone en juego tales armas. Esta práctica inmoral habrá de dar naturalmente sus frutos. Los que necesiten y vean que adular, maldecir y amenazar son los medios más eficaces de alcanzar algo, adularán, maldecirán ó amenazarán para conseguir. Ante el espectáculo de tal proceder, ante la práctica admitida de semejante perversión del sentido moral, el mayor sufrimiento se agota. ¡Ay de los que han sembrado injusticias! ¿Quién sabe si el día de la cosecha recogerán algo más que desengaños? Por si acaso, nuestro poeta les avisa del peligro, con intención recta y pura, señalando vicios ó males que es necesario evitar.

Y véase por qué he dicho que el merecer estas bien intencionadas sátiras el dictado de anacreónticas *de última moda*, es uno de sus mayores timbres. En ellas no hay nada esencial que no sea de este tiempo, que no esté en armonía con el espíritu de la

época, que no retrate costumbres ó vicios de la sociedad presente. Como está en moda murmurar, las *Anacreónticas* murmuran también; pero murmuran de los vicios que minan sordamente el edificio social, y de las ridiculeces que afean las costumbres públicas. ¡Gran mérito en un libro de poesías como el de González de Tejada!

La poesía puramente imitadora de la de otros tiempos, lo mismo que la que se echa á vagar por espacios imaginarios para crear una naturaleza arbitraria, seres que no participen de las condiciones propias del ser humano, un mundo, en fin, puramente fantástico cuyas criaturas no sean siquiera personificaciones ó símbolos de las voces que resuenan en la conciencia, de las pasiones, de los afectos, de las místicas aspiraciones del alma, tienen, en mi humilde concepto, mucha menos importancia que la poesía engendrada al calor de los afectos, de las pasiones, de los sucesos, de las luchas, de los intereses contemporáneos que por una ú otra causa han conmovido directamente el corazón del poeta. La poesía arqueológica, esto es, la que vive á favor de las ideas, de los sentimientos, de la forma predominante en otros siglos, será muy buena como artificio ingenioso, como trabajo erudito; pero en último resultado no dará más calor que la llama pintada de que habla Dryden. La poesía, que nunca llega á merecer completamente este nombre sino cuando nace del corazón, y sobre todo la poesía lírica tal como la han comprendido en sus más íntimas inspiraciones los modernos Byron, Schiller, Manzoni, Lamartine, Hugo, Quintana, Gallego y Frías, necesita alimentarse del fuego de la realidad, ser, como los mejores trozos del *Infierno* de Dante, resultado inmediato de las pasiones ó impresiones que agitan el corazón del poeta.

Esta sinceridad de inspiración, esta verdad sin la cual ni podemos descubrir al poeta en su creación, ni logra interesarnos profundamente la poesía, se trasluce en las *Anacreónticas* de González de Tejada, á pesar de la índole propia del género á que pertenecen. Así vemos al autor dedicar una á su amigo D. Aureliano Fernández-Guerra, el sabio, el modesto, el bueno por excelencia, y tomar pie de la sabiduría y nobles prendas de la persona á quien se dirige, para decir, siguiendo el humor satírico en quien se cifra la originalidad de la obra,

«que el sabio es mueble inútil
en siglos de ignorancia».

Así le vemos dedicar otra á su compañero y jefe el laureado cantor de la guerra de África, D. Joaquin José Cervino, y revelarse el cansancio y la fatiga que producen las tareas oficinescas en el sabor, más amargo que de costumbre, de las siguientes estrofas:

Joaquín, qué gozo el tuyo
mirando revolverse
por tí en la arena puestos
los moribundos peces!

¡Qué gozo cuando oculto
tras del ramaje verde
patas arriba tiendas
la fugitiva liebre!

O al pájaro matando
que canta alegremente,
sin padre á sus hijuelos,
por divertírte, dejes.

Joaquín, asciendo: ¡albricias!
y tú también asciendes:
un compañero ha muerto,
¡y era un hombre excelente!

Canta guerreras glorias
que tu patria enaltecen,
mas no midas la sangre
que riega esos laureles.

¿Con rizos de peluca
tapar tu calva quieres?
de otro que ya no existe,
crecieron en la frente.

«Muerte» tus botas gritan
en charoladas pieles;
«muerte» el pajizo guante
que tu diestra envuelves;

«Muerte» en cuerdas de tripa
violines y rabeles,
y «muerte» cada plato
de espléndido banquete.

¡Ah miserable vida
que vives de la muerte,
para el dolor tan larga,
para el placer tan breve!»

Para dar exacta idea de la originalidad y de las bellezas de este opúsculo sería menester copiar todas las *Anacreónticas* que contiene. Pero esto sería un ataque al derecho de propiedad, y Dios me libre de pensar siquiera en el menoscabo de la hacienda ajena. Añadiré, pues, dos palabras para concluir. Muchos, casi todos los poetas que de veinte años á esta parte han escrito en España versos satíricos lo han hecho con la loable intención de cebarse en las debilidades del prójimo, maltratándolo y aun calumniándolo para hacerlo odioso. En la mayor parte de estas sátiras ha representado la política un gran papel. En las *Anacreónticas de última moda* se hace también alusión á la política y se censuran sus vicios. Pero ¡cuán de otra manera! Aquí no hay nada de personalidad, nada de furor, nada de odio, nada, en fin, de la mala yerba que cría el intratable espíritu de partido. González de Tejada no satiriza por el gusto de mortificar á nadie; no recibe inspiraciones de la furibunda Némesis, ni toma jamás á determinadas personas por blanco de sus epigramas. Su objeto al satirizar no es ofender, sino corregir, y esto prueba su rectitud de entendimiento y de corazón. Aunque diga Hegel que el arte tiene su objeto en sí mismo y que para nada necesita el auxilio de la moral, yo estimaré siempre más el arte que la respete ó difunda, que el consagrado únicamente á producir una belleza desnuda de tan saludable atractivo.

MANUEL CAÑETE.

CONTRASTE DE ESTACIONES.

Cuando en mí siento del invierno umbrío,
Con doloroso estrago, la crudeza,
Y á la nieve, que cubre mi cabeza,
Penetrándome el pecho con su frío.

Y miro en ti del quemador estío
Los rayos, en que ofende á la belleza,
Calor infesto, que á robarle empieza
De la flor el matiz, del tallo el brío,

Exclamo, al comparar, con amargura:

¡Oh si tan solo un paso atrás pudiera
Dar el tiempo, que tanto lo apresura

Y en él, á mí y á ti, junto, trajera
Del apacible otoño la blandura,
Y el frescor de la verde primavera!

F. DE LA VERA É ISLA.

LOS PARÁSITOS,

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—¿Con que quedamos?.....

—Quedamos en que..... no, francamente, mi Sr. D. Lorenzo, francamente, permítame que le diga con la sinceridad que me es congénita, y rogándole que no lo tome á mala parte, que abusa V. un poco de su superioridad intelectual y del ascendiente legítimo que con sus raras prendas ha sabido conquistar sobre este pobre viejo. Yo no debía comprometerme á nada, ni.....

—Vamos, D. Agustín—insistió Lorenzo en tono afectuoso— vamos, si V. y el P. Albizu son una misma persona, si al hacerle á V. dueño de su secreto le hizo árbitro de disponer de él en ocasion oportuna.....

—Ya, ya—replicó D. Agustín, como quien se defiende en los últimos atrincheramientos—¿y quién me asegura á mí, puesto caso que yo supiera á ciencia cierta ese misterio, y que lícitamente estuviese en mi mano esclarecerle..... quién me asegura á mí que esta y no otra es la ocasion oportuna de hacerlo? V. hablaba hace poco de sucesos ó acontecimientos en que dicho señor, su amigo, D. Pedro Antonio ó D. Juan Antonio, juega un papel importante: sepamos ante todo de qué asuntos se trata, pues tales podrian ser, que en conciencia..... acaso..... me autorizaran á.....

¿No basta que yo le diga á V. que son importantísimos? exclamó no sin impaciencia el generoso amigo.

—Bien, bien, ya sé..... pero Vds. los jóvenes suelen dar importancia á cosas que en sí, *per se* que decíamos en las aulas, no la tienen tan grande. *Verbi gratia*, los devaneos y las pasioncillas juveniles, que por mucho que se diga, pasan y se olvidan al poco tiempo sin dejar rastro ni reliquia. ¿Qué apostamos á que algo de eso anda mezclado en estos asuntos del D. Pedro Antonio?

—Pues bien, D. Agustin, hablemos formalmente, y en sério. Voy viendo que V., á pesar de sus aires de inocencia, entiende de las cosas del mundo tanto como el primero, y acaso más que yo.

—¡Los años, D. Lorencito, los años! esa triste experiencia que comunica la escuela del.....

—¡Bueno! pues eso supuesto, óigame, y luego obre como mejor le parezca. Juan Antonio puede hoy hacer un buen casamiento.

—Nada más natural y plausible, siempre que sea para servir, como es justo, á.....

—Al decir á V. que puede hacer un buen casamiento, no me refiero á esos enlaces desproporcionados, en que el matrimonio hace las veces de una factura de comercio con que queda saldado un negocio inicuo, ó por lo menos, inmoral.

—Eso está bien, y así lo comprendo.

—No; trátase en el caso actual de que se concierten y entiendan dos corazones que han nacido para comprenderse y estimarse, pero entre los cuales se levanta una de esas barreras que el mundo con sus exigencias y falsas leyes se complace á veces en oponer á los más puros y desinteresados impulsos.

—¿La pobreza tal vez,—preguntó con singular sonrisa Don Agustin.

—Sí, señor, la pobreza; pero no acaso la pobreza que V. imagina, es decir, la pobreza material, la escasez ó penuria absolutas, sino esa otra pobreza más artificial que verdadera, que en otros tiempos se llamaba egoismo, y que hoy se ha bautizado con nombres acomodaticios de sensatez y de cordura. Esa pobreza, que ayudada por la economía y el sacrificio, sería para muchos opulencia; esa pobreza que se acompaña, mejor que con la humildad, con el orgullo, y que nadie se atreve hoy á ofrecer con corazon alegre, porque no la avalora la resignacion, ni puede confor-

tarla la esperanza..... y como por desgracia, el sujeto de que hablamos, ó de que hablo.....

—Hablamos..... hablamos, no tenga V. reparo en afirmarlo, le aseguro á V. que empiezo á interesarme por su amigo.

—Como por desgracia (segun él por fortuna) es orgulloso.....

—¡Oh! ¿con que orgulloso, eh? ¡mala condicion!..... pero prosiga V.

—Su orgullo le impide asociar á la mujer á quien ama, y de quien es amado, á esa reñida labor de trabajar por un porvenir que casi puede decirse tiene en su mano, pero que no juzga garantía suficiente para que el mundo le perdone, si pretende alcanzarle á beneficio de un enlace ventajoso.

—Ahora ya voy entendiéndolo; su amigo de V., que no vacilaria en escoger cualquier medio eficaz para hacer carrera, sólo rechaza el medio del matrimonio, por ser, á los ojos de la sociedad en que vive, una especie de declaracion de su personal insuficiencia.

—Perfectamente. Pues bien: agregue V. á esto, que en circunstancias ordinarias siempre sería un obstáculo, otros obstáculos que han sobrevenido, independientes acaso de la voluntad de Juan Antonio.

—¿Un rival?

—Un rival temible, por ser, digámoslo así, la personificacion social contraria de nuestro amigo. Un hombre opulento, fastuoso, brillante, que ha llegado al límite posible de las humanas ambiciones; un hombre seguro de sí mismo, de posicion inatacable, de respetabilidad ejecutoriada, al que nadie se atreveria á rechazar, á menos que.....

—¿Á menos que pudiera presentársele frente á frente otro, que por cualquier concepto, valiera tanto? Voy enterándome. Pero, diga V., para ver claro en este juego hay que conocer todas las cartas. La niña..... digo, la señorita en cuestion.

—No creo ser indiscreto si afirmo que no vacilaria en su eleccion, si en cualquier momento Juan Antonio formulase claramente sus pretensiones. Es más, ella ha hecho cuanto una mujer honrada puede hacer para convencer á un hombre de su desinterés y de su amor; pero tambien es orgullosa, se ve herida, se cree olvidada, despreciada acaso, y hay quien teme que por despecho y por venganza, más que por ruines ambiciones, consienta

dócilmente en aceptar el dorado yugo que la frivolidad indiscreta de la sociedad que la rodea la ofrece en cambio de unos sentimientos que no pasan en ella como moneda usuil y corriente. Ahora, despues de mis leales explicaciones, comprenderá V. todo mi empeño en conseguir para Juan Antonio, de un modo natural y plausible, un cambio de posicion que autorizara á sus ojos y á los ojos del mundo lo que hoy pareciera á todos una locura. No entro en detalles que acabarian de convencer á V. de que hoy esa locura es necesaria, de que depende de su realizacion la paz de una familia y la felicidad de dos personas. Á V. le basta con lo dicho para acallar sus escrúpulos, si es que puede haber escrúpulos en el caso actual, y decidirse á hacer las revelaciones necesarias, si, como creo, son de tal naturaleza que no haya con ellas perjuicio para nadie, y sí sólo legítimo provecho para el principal interesado.

—¡Eh! ¡quién sabe! ¡quién sabe! Estas cosas no son tan fáciles como V. las pinta, Sr. D. Lorenzo.... perjuicios..... puede haberlos, y responsabilidad sin duda me alcanza muy grande; pero en fin..... en obsequio á V., cuyas buenas intenciones reconozco..... y por las muy atendibles razones que me ha expuesto....

—Hablará V., ¿no es verdad? Ya estaba yo seguro de convencerle.

—No digo tanto, D. Lorencito, no me comprometo á tanto..... déjeme V. pensarlo..... déjeme V. informarme.....

—Pero ya le he dicho á V. que era urgente resolverse.

—¡Urgente!..... ¡urgente!..... lo que es urgente en el mundo no es hacer las cosas, sino hacerlas bien..... Se me ocurre una idea, que someto á V. en prueba de mi buen deseo.

—Veamos.

—Envíeme V. á su amigo; que yo le vea, que le interroge... necesito ciertos datos, ciertas noticias que él y sólo él puede suministrarme, y yo le prometo á V., bajo mi palabra, que si son tales cual yo presumo, no tendré inconveniente en declararlo todo..... todo lo que yo sé, que acaso no es tanto como V. sospecha, siempre que su amigo de V. me autorice á ello, porque no hay que olvidarse de que en este asunto hay que contar en primer lugar con el interesado.

—Ha de serme difícil, sin descubrir el objeto de su visita, re-

ducirle á hacerla: él no le conoce á V.; es además desconfiado, ¡cómo explicarle satisfactoriamente este paso!

—Pues bien, vamos, yo le daré entonces.

—¡Cómo! ¿V.?

—Sí, yo; no es imposible que yo me presente á él con cualquier pretexto, y una vez establecidas de un modo ó de otro nuestras relaciones, todo lo demás es cosa llana; déjelo V. á mi cuidado, déme V. sus señas, y yo le prometo hacer cuanto pueda, en conciencia, en su obsequio.

—Sea como V. quiere. Yo he cumplido con mi obligacion, hablándole á V. con el corazon en la mano. No me queda nada por hacer. Dios le inspirará sin duda lo más conveniente—y el buen Lorenzo se levantó de su asiento, despidiéndose de D. Agustin, que con su aire entre bonachon y malicioso atentamente le contemplaba.

—Supongo que no se irá V. enfadado conmigo—le dijo al acompañarlo hasta la puerta.

—¡Qué disparate!—respondió Lorenzo, acompañando con su franca sonrisa el último apretón de manos—únicamente se me ocurre una cosa, despues de esta conversacion con honores de conferencia.

—¿Se puede saber cuál, D. Lorencito?—preguntó el vejete.

—Pues es esta: que así como no hay pícaro que no tenga algun repliegue de hombre de bien, no hay hombre de bien que no tenga en su corazon algun doblez de pícaro, y V. en la ocasion presente ha sido conmigo algo..... picarillo.

—¡Válgame mi buena intencion! y si no á la prueba me remito.

—Así lo creo, D. Agustin, así lo creo y lo espero, con que haga V. cuenta que retiro la palabra, y despidámonos como buenos amigos.

.....

.....

Cerró cuidadosamente la puerta el prudente D. Agustin, y aun entreabrió el ventanillo, lo necesario nada más para atisbar por él á su visitante, que paso á paso atravesó el corredor y empezó á bajar las escaleras de la casa de vecindad.

Sólo cuando se hubo extinguido en ella el eco de sus pisadas el concienzudo y reservado habitante del número 12, cambió de

pronto, como un actor entre bastidores la expresión de su fisonomía, se quitó las ahumadas gafas, dejando al descubierto dos negros, agudos y despabilados ojos, estiró su talle, arrojó al suelo una bien imitada peluca, y dejó casi al descubierto, á pesar de las arrugas que aun surcaban sus mejillas y del color pálido que contrastaba con la singular viveza de su mirada; un rostro muy conocido para nosotros.

El rostro habitual de nuestro antiguo conocido Simon el agente, por otro nombre Roque el infiel, aunque tiránico esposo de la Señora Prisca.

El cual, mientras restablecía en su traje, en su fisonomía y en su porte su verdadera personalidad sin dejar de sonreír con su torcida y maligna sonrisa, exclamó en voz baja:

—¡Pues, señor, tengo mejores cartas de lo que yo creía; veremos á ver si esta vez se me escapa también el juego!

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO

Salió por fin á campaña el asendereado Duque de la Torre. Harto más le valiera haber permanecido alejado de la política militante, viendo impasible el rumbo que lleva la *cosa pública* en manos de su antiguo camarada el Sr. Sagasta. Y si á tanto no podía llegar el amor patrio del buen Duque, hubiera sido más cuerdo y discreto no tomando él participación directa y personal en la batalla. Los inspiradores del General Serrano no opinaron así, y de aquí la desdichada campaña de S. E. en el Senado. Porque no hay que forjarse ilusiones. La llamada izquierda dinástica pasó herida y maltrecha desde la alta Cámara al Congreso de los Diputados. Y débese este primer fracaso indudablemente á la poca destreza con que inauguró el Duque la embestida que dió al actual Gabinete. La lectura que hizo S. E. de aquel kilométrico escrito, en el cual se da á conocer el programa de su nuevo partido, pareció á todo el mundo pesada, soporífera é inaguantable; y crea el Duque que está el susodicho documento, como tantos otros de su propio linaje y condición, destinado á ser arrastrado por el río del olvido. Así y todo, causára más honda impresión en el ánimo del Senado, y por ende en el del país, si el Duque hubiera contrarrestado con brío y con elocuencia las objeciones, los reparos y ataques que mereció su programa de parte de Sagasta y de la mayoría que le ampara y contiene. Pero lejos de esto, el General Serrano no acertó á devolver al enemigo los tajos y mandobles que de este recibiera; y momentos hubo en que el fatigado General se hería á sí propio con el suave acero de sus no muy poderosas armas. Mohino y cavizbajo pareciónos que se retiraba el Duque del Senado, la tarde en que 119 senadores ministeriales declaraban, á excitación de uno de sus compañeros, futuro Ministro, el Sr. Pelayo Cuesta, que la política de Sagasta era la mejor de las políticas posibles. Diríase que el General comprendía cuán desmedrada había quedado su salvadora causa, ora por la falta de entusiasmo y de aptitud de sus patronos y defensores (díganlo los Sres. Merelo y Polo, panegiristas de la izquierda), ora porque las fuerzas auxiliares se limitaron á explicar discretamente, por

boca de los Marqueses de Orovio y de Molíns, qué clase de concurso sea, el de todas suertes muy extraño, que presta el partido conservador á los partidarios de la Constitución del año de 1869; ora porque no le satisficiese la actitud del Duque de Veragua, que mostró no estar conforme ni con el Gobierno, ni menos con el General; ora en suma, porque ha salido á escena antes de tiempo la nueva bandera que enarbola el Duque, resultando de esta precipitación que sea un aborto, lo que con más calma, vagar y reposo pudo venir al mundo con mejores condiciones de viabilidad.

Pero lleváronse el toro, ó dígase el proceso de la izquierda, desde el palacio de Doña María de Molina á la Cámara popular, y aquí fué Troya. Rompió el fuego contra las huestes ministeriales el Sr. Becerra, quien á vuelta de grandes divagaciones declaró con aplauso de mayoría y minoría, que siguiendo el consejo de su antiguo jefe el Sr. Martos, aceptaba sin escrúpulos ni remilgos la dinastía de D. Alfonso XII. Entonó después un ditirambo en loor de la izquierda y de la Constitución de 1869, que dijo ser (*risum teneatis*) la más monárquica y la más conservadora de cuantas rigen en Europa. Á fuer de neófito, habló de D. Alfonso y de la Monarquía con el fervoroso entusiasmo con que de ella hablaba el Sr. Elduayen antes de la crisis del 8 de Febrero; y recordando sin duda aquella mal disimulada impaciencia con que los fusionistas esperaban la caída de Cánovas, afirmó el ex-Ministro de la Revolución que ni él ni sus amigos venían á mendigar el poder con súplicas, ni á exigirlo con amenazas, porque la súplica, al decir del Sr. Becerra, humilla á quien la hace, y la amenaza cede en detrimento de aquel á quien se dirige. La dialéctica del orador demócrata entusiasmo á los izquierdistas, que con su jefe á la cabeza le escuchaban llenos de fe en lo porvenir; pero no convenció al Sr. Ministro de la Gobernación, el cual repitió modestamente, sin ningún linaje de afeites retóricos,—inaccesibles á su constitución de veras antiestética—todo lo que viene repitiendo *La Iberia* desde que se publicó la carta de Biárritz, cuna del nuevo partido, y todo lo que S. E. ha podido retener de lo mucho y bueno que respecto del Gobierno se ha dicho los días de atrás en el Senado. Es decir, que nos condenó nuevamente el Sr. Ministro á meditar sobre la elasticidad de la vigente Constitución, al calor de la cual pueden desarrollarse, y de hecho se desarrollan, las libertades todas que apetece la escuela radical: de donde se sigue que para el Sr. D. Venancio González es punto menos que crimen de lesa nación el intento de abrir, de modo más ó menos franco y desembozado, un período constituyente que pudiera dar al traste (lo diremos con una frase de Valera) con los chirimbolos de la monarquía. Apenas terminaron ambos oradores las rectificaciones y réplicas de ordenanza, dióse lectura á una proposición incidental, autorizada en primer término con la firma del Sr. D. Pío Gullón, personaje conspicuo de la mayoría, á quien tiene puesto en turno el Sr. Sagasta para el día en

que haya de mudar de decoración el Gabinete que preside. He aquí el texto de la citada proposición incidental.

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que la Constitución vigente satisface las necesidades actuales del país, es compatible con las libertades públicas, y expresa la voluntad manifiesta de la Nación.» Haremos gracia á nuestros lectores del discurso del Sr. Gullón en apoyo de la política ministerial, de la arremetida del Sr. Linares Rivas, y de la arenga del Ministro de Ultramar que el día menos pensado va á dar el *dó de pecho* en pleno Parlamento. Será menester, si está de Dios el que hayamos de oír algo nuevo, ya que no bueno, porque esto no lo esperamos, con ocasión del debate sobre la izquierda, á que se levante un día el Sr. Martos, y con esa palabra tersa y pura á que S. S. da tan desdichado empleo nos explique el por qué de su especialísima insostenible actitud. Por grande que sea el ingenio del orador demócrata, y nosotros se lo reconocemos, aun teniéndole por uno de los políticos más calamitosos de nuestro país, dudamos que acierte á justificar esa aspiración de empujar á sus amigos camino de la Monarquía, sin atreverse él, obligado como jefe á dar ejemplo, á despedirse de la República y pasar el Rubicón. No es menor nuestra ansiedad por escuchar la olocuente palabra del Sr. Cánovas. Débase ó nó á este personaje la formación de la izquierda, es evidente que por lo menos no la escatime su poderoso concurso. ¡Cuán cierto es aquello de que el abismo llama al abismo! El gran error del Sr. Cánovas fué preparar el advenimiento de Sagasta; metido en este camino desastroso, como si nada le enseñase la historia ni el conocimiento de los hombres, va hoy necesariamente, por una alucinación palmaria, si bien harto rara dada la nitidez de su entendimiento, á hundir para siempre al partido de que es jefe indiscutible en las revueltas olas de la democracia monárquica. Hoy día de la fecha tendrá por rebelde acaso el Sr. Cánovas al ex-consejero de Estado Sr. Alarcón. único importante miembro del partido conservador que ha tenido la nobleza de confesar con qué inquietud, con qué desasosiego y con qué disgusto ve la actitud de Cánovas y de sus amigos, respecto del partido que capitanea el Duque de la Torre. El tiempo se encargará de mostrar que vió más claro en esta ocasión el poeta y el literato, que el hombre de Estado.

Esperemos, pues, lo que da de sí esta marejada. Por de pronto bien podemos aventurar la especie de que si bien en el Congreso ha de pelear la izquierda con más denuedo y empuje que en el Senado, el pleito al fin y al cabo ha de fallarse en favor del Gobierno. ¿Podrá este entregarse tranquilo á saborear la victoria? El menos lince observa que no: tal como está constituido el gabinete no vivirá sosegadamente el Sr. Sagasta mientras las Cortes estén abiertas. Políticamente hablando son varios los Ministros actuales que sienten ya, como diría Núñez de Arce, las frías y espantosas caricias de la muerte.

Ya esta aquí. Despidióse de las calumniadas márgenes del Sena,

(calumniadas digo, porque nada tienen de tristes), y tornó al seno de la madre patria. Viene como se fué. Le hemos visto ante la tumba de Figueras, dolerse de que en esta tierra separe débil tapia un pedazo de terreno de otro bendecido por la Iglesia, y le hemos visto en el *Meeting* de la coalición republicana tronar contra el hecho de Sanguento, contra la política de benevolencia que según el entenebrecido filósofo enerva y degrada la conciencia del ciudadano y envilece á los pueblos. Pero dijo todavía más el Sr. Salmerón: dió por cosa averiguada entre los aplausos y aclamaciones de sus oyentes, que la Monarquía en España ha dividido la patria, ha disuelto la nacionalidad común, ha degradado y envilecido nuestro pueblo. Cierto de toda certidumbre: la República fué quien nos hizo grandes y felices y poderosos. ¡Lástima que pasara como un meteoro sobre esta amadísima España!

Muy pocas novedades en Europa durante la última quincena. Las Cámaras francesas discurren sobre el modo de arreglar la Hacienda, y allí como aquí, y donde quiera que el régimen parlamentario impera, no son estas cuestiones de las que traen en pos de sí tempestades y sacudimientos. Algo más se han removido las pasiones que devoran á la vecina república, con ocasión de la muerte del autor de *L'organisation du travail*, y de la *Histoire de la révolution française*, el ciudadano Luis Blanc. Con ser este personaje, tristemente célebre, furibundo socialista y republicano rabioso, así y todo, se han opuesto no pocos círculos de obreros á asistir al entierro del que siempre combatió con rudeza toda pretensión enderezada á restaurar en Francia la causa de la Monarquía. Debe, de un momento á otro, fallar el Jurado en la causa que se sigue con motivo de los sucesos de *Montceau les Mines*, habiendo tomado la autoridad todo linaje de precauciones, con objeto de garantizar la independencia y libertad del tribunal. Como ya no debemos asombrarnos de nada, seríamos capaces de ver sin asombro que diese el Jurado un veredicto absolutorio. Es un hecho real y positivo, por más que la prensa francesa se esfuerza por ocultarlo, que la salud de Mr. Grevy no es para envidiada, razón por la cual son muchos los cabildeos de los republicanos franceses más conspicuos, con el propósito de designar sucesor al actual Presidente de la república.

* * *

Recayó por fin sentencia en el proceso de Arabi-Bey. Ha sido condenado á destierro perpetuo. Traen y llevan los papeles periódicos una carta suya muy interesante, que si no es posible que la reproduzcamos

íntegra, vamos á insertar varios de sus párrafos, dando con ellos remate á la presente crónica. Dice Arabi:

«He seguido el consejo de mis abogados, los Sres. Broadley y Napier, cuyo celo y afecto no pagaré nunca lo bastante, y me he confesado culpable ante los jueces de la acusación de jefe de la rebelión contra el Khedive.

»Los Ministros ingleses me han llamado rebelde en distintas ocasiones, y no debía yo esperar que repentinamente cambiasen de opinión, además de que no podrían hacerlo. Iré voluntariamente á donde plazca á Inglaterra que fije mi residencia, y permaneceré allí hasta el día en que modifique su opinión respecto de mi persona.

»No me quejo ni de mi destino ni de la sentencia que se ha pronunciado contra mí, la cual, en todo caso, declara mi inculpabilidad con respecto á las matanzas é incendios que me han atribuído; crímenes en que no he tomado parte, y que además están en oposición absoluta con mis principios políticos y religiosos.

»Sé que mi situación depende desde hoy de Inglaterra y de la generosidad del pueblo británico. Salgo de Egipto abrigando la mayor esperanza en no aplazar por más tiempo las reformas en cuya defensa hemos luchado».

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

MISCELÁNEA.

AGUINALDO PARA NUESTROS SUSCRITORES.

Deseando mostrarles de algún modo nuestra gratitud y reconocimiento, y de corresponder al favor con que premian nuestras vigili-
as y desvelos, no vamos á cejar en nuestro empeño de sacrificarnos en
su obsequio. Á este propósito, hemos resuelto aumentar el tamaño de
la REVISTA; y lejos de buscar compensación á este forzoso y respetable
aumento de gastos en el bolsillo de nuestros suscritores, vamos á re-
bajar el precio de la suscripción. Desde primero de año saldrá, pues, la
REVISTA DE MADRID con estas novedades, que sabrán apreciar nues-
tros amigos en todo su valor. Parcos en ofrecimientos pomposos, nos
guardamos de indicar tal cual proyecto que meditamos, y que de se-
guro recibiría con regocijo el amable lector: si el público continúa
prestándonos su apoyo, todo se andará, Dios mediante. Anticipemos
la noticia de que apenas se termine de reimprimir (y ya falta poco) el
notabilísimo libro de Raimundo Lulio, *Blanquerna*, (para el cual está
escribiendo un prólogo el Sr. Menéndez Pelayo) comenzaremos á re-
galar con cada número de la REVISTA otro pliego de cierta obra tan
justamente alabada por los doctos como la de aquel iluminado doctor y
mártir de Cristo.

RECEPCIÓN

EN EL PALACIO ARZOBISPAL DE ESTA DIÓCESIS.

Sabiendo la Junta Directiva de la Unión Católica, que el día de la
fiesta de la Inmaculada Concepción de María, se cumplía el XXV ani-
versario de la Consagración Episcopal del Eminentísimo Sr. Cardenal
Arzobispo de Toledo, su Presidente general acordó felicitarle con este
motivo, y al efecto le pidió hora en que poder llevar á cabo este deber
del filial afecto.

Al mismo tiempo encargó á su dignísimo Vicepresidente, Excelen-
tísimo Sr. Conde de Orgaz, que llevara en este acto la voz de la Aso-
ciación.

El jueves, á las cuatro de la tarde, tuvo lugar la recepción en los
salones del Palacio que habita en esta corte el Eminentísimo Purpu-

rado, y acompañaron á la Junta Directiva de la Unión gran número de católicos de todas las clases y condiciones que quisieron dar esta prueba de singular afecto á su venerable Prelado.

El acto principió por la lectura del siguiente bellissimo mensaje del Excmo. Sr. Conde de Orgaz.

Emmo. Señor:

Aquí venimos, no en tan gran número como debíamos ser, algunos católicos de Madrid, de los que con frecuencia nos acercamos á vuestra sagrada persona para recibir dirección y aliento en las obras católicas á que con preferencia á todas las demás queremos consagrarnos: aquí venimos los individuos de la Unión Católica, nacida en este palacio de Vuestra Eminencia y bajo vuestra tutela y protección: aquí venimos á celebrar este glorioso aniversario, á congratularnos en este día en que 25 años atrás la Iglesia llamó á Vuestra Eminencia á la dignidad altísima de sucesor de los Apóstoles, de guardador de la verdad, de maestro de la doctrina, de guía del Clero, de Pastor de los pueblos: aquí, como hijos en torno de su padre, venimos á alegrarnos con él, á bendecirle y alabarle en el aniversario memorable de esta gran paternidad.

Nacisteis en tierra de inmortales recuerdos para la madre patria, pero que niño aun debisteis abandonar en aquellos días aciagos en que fué arrancada á esta gran nacionalidad española: vivisteis entre azares y quebrantos como si la mano de Dios os fuera preparando por medio de ellos, y llevándoos por caminos singulares á los grandes cuidados, á las grandes angustias, á los grandes dolores de este excelso Sacerdocio, donde como roca firmísima vienen á estrellarse las repetidas oleadas de un mundo siempre contrario al espíritu de la Religión cristiana, pero hoy más audaz y más temerario al presentarse revestido de todos los poderes de la tierra.

Oviedo, Valladolid, Toledo, han sido las iglesias que habéis regido, las diócesis que Dios ha encomendado á vuestro Apostolado vigilante, solícito, lleno de celo, coronado siempre de mansedumbre y de caridad, constante aureola del Apóstol; y en las horas de paz, escasas por desgracia, y en los largos é inacabables días de prueba y de combate, estuvisteis siempre fiel á vuestra misión, velando por la integridad de la doctrina, por la pureza y rectitud de las costumbres, por los derechos de la Iglesia, que os esforzasteis en sacar incólumes, defendiendo con ánimo inquebrantable á esta Santa Madre nuestra tan perseguida y atribulada.

Patente prueba de ello es la publicación desde la cátedra de Valladolid en 15 de Enero de 1865 de la Encíclica *Cuanta Cura* de 8 de Diciembre de 1864 que tuvisteis la fortuna de realizar el primero, atento solo al cumplimiento de vuestros deberes, y no á advertencias ni á amenazas, reivindicando de este modo los sagrados derechos del Episcopado y de la Santa Sede, sin esperar á que le fuera concedido el *pase regio* en 7 de Marzo de 1865.

Obrando así, habéis sido digno de las tradiciones del Episcopado español, que en todos los tiempos, y en los modernos con más energía, si cabe, resplandece por lo immaculado de la doctrina, por el celo vigoroso, y por la adhesión estrechísima al Jерarca supremo de la Iglesia; carácter indeclinable de verdad.

Primado de ese Episcopado, os gloriáis, en vuestros venerables hermanos, y con gran razón por cierto; que unidos en estrecha falange sostuvisteis en el Concilio Vaticano la infalibilidad que nos

salva, y desde allí habéis partido unidos siempre á pelear los nuevos combates.

Pero la hora de los supremos dolores se acercaba, y vos, Príncipe de la Iglesia, investido de la púrpura cardenalicia estabais en el puesto de honor, al lado del gran Pontífice Pío IX al llegar la horrenda fecha de 20 de Setiembre de 1870, cuando el poder más santo y más grande, el que más honra á los hombres, el que más los eleva, el que mayores beneficios sobre ellos y sobre las naciones derrama, el único poder moral, en fin, que hay en la tierra, fué villanamente ultrajado, intentando arrebatárle la corona temporal. Y esa hora aún no ha pasado, y esa hora dura aún, penosa y triste, martirio constante del augusto sucesor de Pedro, y afrenta de los que han alcanzado tiempos de tanta desdicha; y dura, llena de sobresaltos y de temores. En vano se intenta conciliarla con una paz y con un orden puramente ficticios porque los hechos, más poderosos que los hombres rompen las mallas legales, y deshacen las conveniencias de los partidos. Y es que el problema es insoluble; que entre la soberanía temporal ó la persecución, no hay medio.

Por eso la situación del Padre común de los fieles, del Vicario de Jesucristo en la tierra, es de día en día intolerable. La acción del tiempo, lejos de mejorarla, la agrava. Cuando en 1870, la ocupación de Roma consumó la obra de la iniquidad, todo eran promesas y ofrecimientos de garantías por parte de los que contra todo derecho penetraron por la fuerza en la Ciudad eterna; la extraterritorialidad del Vaticano, el reconocimiento, la protección y el respeto hacia la alta autoridad política, social y religiosa del Pontífice, que de ninguna otra podía depender en lo más mínimo.

Hoy los tribunales italianos, la expresión legal de la justicia en la península, declaran bien manifiestamente que la residencia del Pontífice no es inviolable; que sus propios Ministros pueden ser citados ante los tribunales italianos, y por actos propios de sus funciones; que ante la Constitución no hay excepciones de tiempo, de lugar, ni de personas; en suma, que la prometida soberanía es una ficción, y que los actos del jefe de la Iglesia están sometidos, como los del último habitante de Roma y de Italia, á las decisiones y sentencias de un Juez de primera instancia.

Y detrás de estos atentados jurídicos, incompatibles de suyo con la esencial soberanía del jefe de la Iglesia y con la inmunidad sagrada de su residencia, hierven, y repetidos hechos que han escandalizado á Europa lo comprueban, las pasiones sectarias de las turbas feroces que no vacilarían, no puede decirse sin espanto, en lanzarse sobre la venerable víctima, apenas se presentase á sus miradas, apenas traspasase los umbrales del Vaticano.

¿Quién, Eminentísimo Señor, podrá dejar de preocuparse con esta situación en que el augusto Pontífice se encuentra, y quien sinceramente puede esperar que cambie ni mejore por sí sola? De aquí que las miradas todas estén fijas en los Gobiernos y en los pueblos: en los Gobiernos para que, convencidos de la esterilidad funesta de las luchas y persecuciones religiosas, tomen en su mano la protección y defensa del Pontificado, que es en gran parte la suya propia: en los pueblos para que por los medios que las leyes les concedan, ejerzan acción eficaz sobre los Gobiernos y se eviten así, cambiando y mejorando la situación de las cosas presentes, los nuevos y terribles conflictos con que el porvenir amenaza á todos.

¡Qué España no olvide la parte que en esa obra salvadora le corresponde es, Eminentísimo Señor, el voto que hoy formamos, seguros de que es también el que más congratula el corazón de su Eminen-

cia, y el que más responde á sus deseos de todos los buenos católicos, cuya unión es el constante lema de nuestra bandera.

Vos, tan firmemente adherido á la Cátedra de la verdad, sentís en vuestro corazón los martirios que el Vicario de Cristo siente, y contra aquel indigno atentado de la noche del 13 de Julio, genuina expresión de lo que se piensa y de lo que se intenta contra esa Cátedra rodeada de garantías divinas, levantasteis vuestra voz que provocó la calurosa adhesión de vuestros hermanos en el Episcopado y de todos los católicos españoles, y que, traspasando las fronteras, fué oída en Europa con respeto y veneración.

Hoy, pues, en que al conmemorar el 25.º aniversario de vuestra elevación al Episcopado se agolpan á la memoria tantos recuerdos de gloria y tantos recuerdos de dolor, permitidnos que una vez más, pero más solemnemente, nos unamos á vuestra sagrada persona con todo el afecto de hijos y con toda la energía de católicos.

Aquí nos tenéis, obedientes á vuestra voz, decididos á seguir vuestras menores indicaciones; si algo valemós, si algo podemos, dirigid Vos nuestros esfuerzos y nuestras voluntades, para bien de la Iglesia y para bien de la sociedad; que dirigiendo los Pastores de la Iglesia, seguros van nuestros pasos y aceptada será nuestra conducta.

Si nada podemos; si por extrañas confusiones nuestra acción, lejos de ser eficaz para el bien fuera nociva, no vaciléis, Padre, no vaciléis; lo hemos dicho una vez y lo repetiremos mil: con vuestra bendición nos retiraremos en paz.

Quisiéramos aliviar, si fuese dable, las tribulaciones de la Iglesia; quisiéramos que el pensamiento de los católicos estuviese fijo en la situación del Sumo Pontífice; doce años hace que el Papa está encerrado en el Vaticano; allí le hemos visto, Eminentísimo señor, allí hemos visto, á aquel anciano venerable, al mejor de los Reyes, al más santo de los Padres. ¡Oh! ¡Por qué no nos es dado hacer que cese esa que es la mayor de las injusticias que se han consumado en la tierra!

Y puesto que en días como éste la piedad filial acostumbra á presentar ofrendas, expresión de su afecto, sea ese deseo ardentísimo de nuestras almas, por la libertad del Sumo Pontífice, la ofrenda que depositemos en vuestras manos venerables, para que vos, en vuestras oraciones y sacrificios, la apoyéis eficazmente ante el altar del Todopoderoso.

Madrid 7 de Diciembre de 1882.

A continuación tenemos el honor de publicar el siguiente extracto del discurso de su Eminencia, extracto completamente fiel en todas sus expresiones:

SEÑORES:

«Con sensible emoción y profunda gratitud recibo la respetuosa manifestación que me acaba de hacer el Excmo. Sr. Conde de Orgaz, en nombre de la Unión Católica, con motivo del XXV aniversario de mi consagración episcopal.

Veinticinco años cumplirán mañana, efectivamente, señores, desde que recibí la consagración episcopal de manos de mi venerabilísimo antecesor el Emmo. Sr. Cardenal D. Fray Cirilo de Alameda y Brea. Fui consagrado en la Iglesia de San Isidro de esta corte para mi querida é inolvidable diócesis de Oviedo, cuya religiosidad me ha edificado muchas veces. Baste citar como rasgo característico de su fe y devoción, entre muchos que pudiera recordar, que en tiempo de jubileo

se encuentran en la Catedral, hasta después de las cuatro de la tarde, personas que acuden de pueblos lejanos, personas que han pasado todo el día en ayunas á fin de poder confesarse y comulgar.

El recuerdo de Oviedo trae á mi memoria la reciente pérdida que aquella ciudad ha sufrido en uno de sus hijos más ilustres; me refiero al Excmo. Sr. D. Alejandro Mon, padrino mío que fué en la Consagración Episcopal. Aprovecho esta circunstancia para tributar esta manifestación de mi aprecio al insigne patricio y distinguido hombre de Estado.

Desde Oviedo fui trasladado á Valladolid, en cuya capital recibí siempre testimonios de respeto y afecto, que honran su proverbial cultura y su fe religiosa, y que recuerdo también en este instante con agradecimiento.

Por caminos extraordinarios me condujo la Divina Providencia á regir la Sede Primada de Toledo, que nunca imaginé ocupar; esta Sede gloriosa de San Eugenio, de San Idelfonso y de tantos otros eminentes é ilustres Prelados, cuya santidad, sabiduría y gloriosísimos hechos constituyen una de las páginas más brillantes de la historia de España.

En esta Sede, como en las anteriores, he procurado cumplir los deberes de tan altísimo cargo, aunque por desgracia no con la brillantez que ha descrito en su elocuente Mensaje con la nobleza é hidalguía que le caracterizan, el Excmo. Sr. Conde de Orgaz, y seguiré cumpliéndolos con el mayor celo y con la decisión posible, sean cuales fueren las circunstancias que me rodeen, aun cuando para ello tenga que hacer, si fuere necesario, el sacrificio de mi vida.

Ya que no puedo aspirar á los gloriosos dictados de mis exclarecidos predecesores, procuraré demostrar siempre con mis palabras y con mis hechos ser un Prelado temeroso de Dios, con algún celo por la salvación de las almas y el mayor decoro de la casa del Señor, y muy amante de mi virtuoso y venerable Clero, que de algún modo procuro hacer el bien deseando imitar al divino Maestro, que como dice la Escritura: *Pertransit benefaciendo.*

He estado siempre con el Papa, en lo grande y en lo pequeño; me complazco en obedecer, no sólo los mandatos de la Santa Sede, sino también sus menores indicaciones. En Roma me hallaba cuando la invasión de los Estados Pontificios por el ejército italiano. Aunque acababa de presenciar en España los sucesos de Setiembre, puedo decir que me impresionaron mucho más dolorosamente los de Roma. En el mismo día, y á pie, fui á ofrecerme al Padre Santo y á consolarle; allí escribí mi Pastoral contra la usurpación, y la firmé fuera de la puerta Angélica. Fui testigo de las irreverencias, de las profanaciones, de los horrores que siguieron al funestísimo día 20 de Setiembre de 1870. Me puse á disposición del Padre Santo y prolongué mi estancia en Roma por creer que en aquellas circunstancias debía preferir mis deberes de Cardenal á los de Obispo, para el mejor servicio de la Iglesia, y así lo creyó también el Padre Santo.

He oído, pues, con gran consuelo de mi alma, la nobilísima protesta que, á nombre de los señores aquí reunidos, formula el mensaje por el último atropello de que ha sido víctima el Papa, el Soberano más legítimo del mundo, desposeído inicivamente de su poder temporal; han podido arrebatarlo por algún tiempo, pero lo recuperará de nuevo siendo como es obra de Dios.

Reitero las gracias á la Unión Católica, cuya prosperidad deseo. No abrigo temor de que llegue el caso indicado por el señor conde de Orgaz, porque la Unión Católica, cuyas bases yo mismo dí, es sostén de la Religión, es un auxilio del Prelado, y si se extendiera por toda

España sería un eficaz socorro de la Iglesia. Y ahora, de todo corazón bendigo á ustedes: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

El acto, que revistió gran solemnidad, terminó con la lectura de una preciosa oda latina del Sr. D. Ramón del Busto Valdés, dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Moreno.

Después de la recepción de la Unión, leyó el señor marqués de Aguilar, Presidente de la Juventud Católica, un hermoso y elocuente mensaje, que por falta de espacio no podemos reproducir. A dicho mensaje contestó S. Ema. con palabras de agradecimiento.

EN LA JUVENTUD CATÓLICA.

Con extraordinaria pompa se ha celebrado en esta corte la fiesta gloriosa de la Inmaculada Concepción de la Virgen. La Juventud Católica, fiel á sus tradiciones, cumplió como buena en tan solemnisimo día. Asistió en masa á la iglesia de D. Juan de Alarcón, donde se celebró una muy hermosa festividad religiosa, y reunióse por la noche en brillante solemnidad académica.

Con el propio fervoroso entusiasmo de sus buenos tiempos, cantó el Sr. D. Mariano Barsi y Contardi, nuestro querido amigo, las glorias de la Virgen, y discurreó con lucidez sobre la influencia que ha ejercido en la sociedad el culto á María. La elocuencia y el simpático calor de alma con que pronunció el Sr. Barsi su bellísima oración, no hay que encarecerla, para cuantos hayan oído una vez siquiera al inspirado orador. Mucho sentimos que no haya escrito su último discurso, pues nos hubiera sido por todo extremo grato dárselo á conocer á nuestros lectores. La poesía tuvo aquella anoche felicísimos intérpretes en otros distinguidos académicos, y la Academia toda, la vivísima satisfacción de saber, por boca del muy digno Presidente, Sr. Marqués de Aguilar, que Su Santidad León XIII la había enviado su apostólica bendición.

La Dirección y la Administración de esta REVISTA se han trasladado á la calle de Pontejos, 8, 3.º

EL DOCTOR BÜCHNER,

Ó EL CATECISMO DE LOS MATERIALISTAS (1).

XI.

Para afianzar las doctrinas materialistas, es táctica antigua de sus partidarios encarecer las habilidades intelectuales de los animales, al mismo tiempo que deprimen la del hombre. El doctor Mata—y con citarle no pretendemos confundirle con los naturalistas y filósofos de la laya de Büchner, ni aun declararle materialista contra sus repetidas afirmaciones, por más que siente doctrinas altamente resbaladizas, por no decir más—el doctor Mata, repito, sigue esta marcha, no habiendo, según él, diferencia esencial entre las facultades intelectuales del hombre y los brutos, sino diferencia de grados; estando la diferencia verdadera en la facultad de inventar y progresar, la cual no tienen los animales poco ni mucho. Sostiene, pues, ó sostenía, que en filosofía y fisiología no hace falta el alma para explicar al hombre por qué los brutos no la tienen, y esto le parece á él, y no está obligado á creer lo contrario, porque no lo *manda el dogma del país*, como sucede respecto del hombre. Ahora que el *país* no tiene *dogma*, no sabemos si habrá dejado de creer el Sr. Mata en el alma humana, puesto que ha cesado el único fundamento que le retenía en esta creencia. ¿Y cómo explicaba él el organismo y

(1) Veáanse los números anteriores.

todos sus actos? Véase si hay claridad. Todo es efecto de los átomos y de las fuerzas físico-químicas que, *colocadas en circunstancias particulares*, despliegan propiedades diversas. Los átomos y las fuerzas dichas no producen en el mundo inorgánico, ni un organismo, ni menos los actos de entendimiento, sentimiento ó voluntad; pero *en condiciones particulares, bajo influencias desconocidas*, sí. Si alguno pregunta por la diferencia que hay entre esas influencias ó condiciones y lo que se llama *fuerza vital*, el doctor Mata responderá que no se deben multiplicar las fuerzas sin necesidad; y si replicáis que una condición ó influencia que modifica fundamentalmente los fenómenos debidos á los agentes físico-químicos es una fuerza, y á esa queremos llamar *fuerza vital ó alma*, lo concede respecto á los hombres, á causa del consabido dogma, confesando que bien puede ser el alma la que produce el organismo y obra por él mediante las fuerzas físico-químicas, y está completamente en nuestro campo; pero lo niega en los animales, y está fuera del campo de la lógica, porque es imposible negar que esas influencias desconocidas, esas condiciones particulares son *una fuerza*, puesto que producen un resultado.

Las vesículas seminales no se pueden distinguir por la más exacta observación física y química: ¿qué es, pues, lo que hace que de unas nazca un lagarto y de otras un caballo? Esa condición, esa influencia desconocida, que hace que las fuerzas químicas arreglen de distinta manera las moléculas que han de componer el ser vivo, y den á uno unos instintos y á otro otros, al animal cierto grado de inteligencia, y al hombre la facultad de inventar y progresar. Si los vitalistas emplean una palabra oscura, dígaseme si no es igualmente oscura la explicación de sus versarios; como que, al fin, oscuros son todos los nombres que significan fuerzas, puesto que á ninguna conocemos sino por sus efectos. Y como éstos son lo único que vemos en los animales, no sabemos si hay en ellos meros instintos, ó cierto grado de inteli-

gencia, porque sólo argüimos por analogía, y ésta no satisface. Por ejemplo, si un obrero quiere hacer en una tabla ó pared un adorno compuesto de muchos exágonos contiguos, sabemos que precede en él la idea, el plan, la voluntad, el conocimiento de los medios y el uso de los instrumentos, todo lo cual exige aprendizaje, más ó menos largo y costoso. Pues la abeja lo hace invariablemente así desde que existe en el mundo, y aunque jamás haya visto un panal, cosa que por otra parte no bastaría á un obrero. La analogía nos haría concebir que las abejas han estudiado geometría y se han ejercitado largamente en el arte de construir un panal, y es completamente falso. Lo mismo puede decirse de todos los animales no domésticos, pues á éstos se les puede ir habituando á ciertas cosas que no hacen en estado de libertad. De aquí deduzco que no puede demostrarse que los animales tengan conciencia, ni nada de ideas propiamente dichas, ni libertad moral, sino mera espontaneidad. Luego los argumentos de Büchner sacados del alma de los animales carecen de base y nada prueban, mientras no se demuestre, como en el hombre, que los hechos en ellos observados son incompatibles con la materia ó con una fuerza puramente fisico-química ó vital, y que exigen para poder existir un sujeto espiritual. Al contrario, todo induce á creer que el principio que obra en los animales es específica y esencialmente diverso del alma humana, y que será curioso, traerá sus utilidades el conocerle lo mejor que se pueda, que nunca será mucho; pero en ninguna manera podrá establecerse una *psicología comparada*, como dice Büchner, de acuerdo en esto con nuestro germanólogo Giner de los Ríos, por la sencilla razón de que las almas de los animales no son espíritus, á no ser que se tome esta palabra en el sentido de *fuerza vital*, como parece que significa el griego *psiqué*, en cuyo caso no veo inconveniente alguno.

«Que algunos hombres tienen menos inteligencia que los ani-

males, dice Büchner, contando entre ellos á los negros; que los animales también tienen lenguaje y aun le perfeccionan, como se ve en los pájaros enjaulados, y tampoco le perfeccionan los salvajes; además, que el hombre ha tardado cien mil años en hacer su aprendizaje; es, pues, imposible negar la transición insensible, en esto como en la organización». Algunos hombres no dan señales de inteligencia, porque no tienen expedito el cerebro, órgano material del alma en el ejercicio de sus funciones intelectuales. Otros la tienen muy escasa, por causa parecida y falta de educación, pues el hombre necesita ésta para pensar y aun para vivir, á diferencia de los animales, al menos en su inmensa mayoría, que apenas nacen, ya saben procurarse ellos mismos la vida. Y esta educación necesaria la saben los hombres transmitir á sus descendientes, y por eso la especie es capaz de progreso, aunque no una tribu salvaje por sí misma, lo cual prueba, ó no prueban nada los hechos, que la humanidad no se ha civilizado á sí misma en cien mil años ni en un millón, sino que ha sido civilizada por otro. El lenguaje de los animales es la expresión natural y fisiológica de sus necesidades fisiológicas, y nada tiene que ver con una lengua, que es siempre algo espiritual y artificioso y eminentemente profundo. Los salvajes no la perfeccionan, como no perfeccionan nada, no por imposibilidad radical, sino por esa falta, que dijimos, de una educación necesaria; y lo que el pájaro enjaulado perfecciona no es propiamente el lenguaje, sino un canto que nada quiere decir, ni saben transmitir á sus hijos las habilidades aprendidas. Es, pues, imposible admitir una transmisión insensible en cosas esencialmente diversas, como son éstas, y lo es la organización.

Vamos ahora al último capítulo en que nuestro sabio va á las últimas consecuencias del materialismo, y sin asustarse, á la negación de la libertad y del orden social.

Es verdad que comienza negando el libre albedrío con cierto

encogimiento, con ambajes y rodeos; pero al fin tiene que hablar claro y, perdónese la frase, enseñar de todo punto la oreja. Fuerte cosa es que el materialismo se vea forzado á negar la libertad, cuando una cierta libertad priva universalmente en el mundo; y cualquiera comprenderá los sacrificios que ha tenido que hacer un Suñer, por ejemplo; es decir, un atleta, un héroe, un apóstol y un mártir de la libertad, al declarar en pleno Congreso español que el hombre no es libre. ¿Quién sabrá atar estos cabos? La cosa no es tan difícil, porque la libertad que pide el materialista.... pero vamos al asunto. Para probar que el hombre no es libre, nos habla Büchner de las mil imitaciones y obstáculos que encontramos en el ejercicio de la libertad; y eso prueba lo que nadie niega, que nuestra libertad no es absoluta, que está sujeta á condiciones físico-químicas y orgánicas, que se modifica por muchas causas morales, cosa conocida hasta por los mozos de cordel. Pero cuando dice que «el hombre como ser físico é inteligente es obra de la naturaleza, y que de aquí se sigue que no sólo todo su ser, sino también todas sus acciones, su voluntad, su inteligencia y sus sentimientos están fatalmente sometidos á las leyes que rigen el universo», ó habla anfibológicamente, ó dice una enormidad, que basta sacarla á la pública vergüenza, para que todo hombre de sentido común le haga justicia. Y si habla anfibológicamente, es inútil, porque el fatalismo absoluto es perfectamente lógico en el sistema materialista. Si un asno me da una coz, no he de llevarle ante el juez, decía un filósofo antiguo, y eso no tiene vuelta de hoja. «¡Cuántas perversidades y qué de increíbles excesos no ha causado ya el instinto del hombre hacia lo sobrenatural!» ¡Pícara naturaleza! ¡Y eso lo lamenta un autor, que no da instintos á los animales! ¡Y llama perversidad á actos producidos por un fatalismo indeclinable! ¿Por qué no se indigna contra el Vesubio, que en un día cometió la perversidad y el increíble exceso de tragarse á Herculano y

Pompeya? ¿Y «sus ideas, dice, perseguirán de muerte á toda la cáfila de fariseos, hipócritas, jesuitas, místicos y beatos»—¡nada! como una tía que riñe en la calle—y las expone «para inspirar compasión hacia el infeliz criminal—por ejemplo, el comunero de París ó sus aventajados discípulos españoles—aun teniendo el debido horror por el crimen?» ¡Qué crimen ni que ocho cuartos! Cuando viene un pedrisco que arruina al labrador, éste lo siente, pero no se indigna contra la nube, ni la acusa de mala voluntad, ni la cita ante el juez municipal. Se precia de lógico, de que no rehuye las consecuencias del sistema, ¡y anda ahí haciendo pucheros por un incendio, un asesinato, un estupro, una devastación más ó menos! ¿No dice que todo es obra de la naturaleza? «Que no quiero trastornar los fundamentos de la sociedad». ¡Bah! Ya lo vemos; si no hay libertad, no hay delito, no hace falta el juez; si no hay juez, no se necesita la policía ni la ley; si no hay policía ni ley, cada uno obra como le da la gana; si cada uno hace lo que le da la gana, come, bebe, goza, hiere, mata, roba, quema y se alimenta con sangre humana, que dicen que es gustosa; es así que estos son los fundamentos del orden social, luego..... sorites me parece que se llama esto. Dice que la sociedad tiene fundamentos más sólidos, que no desconoce las ideas morales, que la sociedad está basada en la *necesidad y reciprocidad*..... Bien me parece: yo tengo necesidad de quitar de en medio á un adversario, pero la reciprocidad pide que no me quite él á mí. ¿Cómo me arreglo? Pues me adelanto, le guindo, y muerto el perro se acabó la rabia. ¿No es esto moral? En cuanto se refiere á la necesidad, y aun á la conveniencia, á la simple gana de hacer ó gozar algo, todo el mundo seguirá tal filosofía sin inconveniente; pero eso de la reciprocidad es algo metafísico, cuesta algún trabajo ó abstinencia; y como también tengo necesidad ó gana de no pasar por esa abstinencia, y la necesidad y la gana la entiendo mejor que la reciprocidad, salto por ésta si no veo

inconveniente mayor, y *tutti contenti*; á lo menos quedo yo contento, pues por los demás no me da un ardite. ¡Cuando les digo á Vds. que la necesidad y la reciprocidad son las bases únicas y suficientes del orden moral! Que de ellas nace la guerra de todos contra todos, si no hay otro freno, si no existe la conciencia del bien y del mal, si no hay una Providencia..... y ¡qué «¿no es la sociedad una guerra de todos contra todos, un egoísmo universal, una explotación del hombre por el hombre?» Sí, señor, á eso marcha depriosa la sociedad, cuanto más va progresando en el materialismo práctico; quizá el teórico-práctico «produzca un mejor estado social, basado en la dignidad y la igualdad de todos los hombres!» ¡Ah, filósofo Büchner! en tu sistema no es más digno un hombre que un cabrito; y si nos comemos á éste, no veo por qué no nos hemos de comer á aquel, pudiendo, porque dicen que es más sabroso todos los que le han probado. Y si replicas que es superior nuestra organización, ya habrás oído decir que para el sapo nada hay más hermoso que la sapa, y es cosa sabida que hay hombres de inferior organización que los europeos, puesto que estos saben dominarlos. ¿Por qué no comerlos? En cuanto á la igualdad, no sé cómo la defiende un partidario de los hechos y materialista. Yo me confieso inferior en fuerza muscular á los cargadores del Canal de Castilla, pero me daría no poca vergüenza que me igualaran en entendimiento á los filósofos materialistas.

En suma, Büchner dice (y basta) que sus ideas no destruirán la sociedad; pero que, si la destruyen, *la verdad está por cima de todas las cosas divinas y humanas, y no hay razones bastante poderosas para rechazarla*. Y yo respondo á eso, que me place la modestia con que tiene á su opinión por *la verdad*, aunque echase por tierra é hiciera trizas todos los fundamentos sociales. Esto significa, en plata, que no tiene qué contestar cuando se demuestra que el materialismo es absurdo en el mismo hecho de

ser antisocial; porque el orden social es un hecho, y un hecho universal más claro y evidente que los que se estudian al microscopio; y siendo á todas luces, con plena evidencia, incompatible con su filosofía, resulta en limpio que ésta *no está basada en los hechos, ni en la naturaleza, ni en la razón*, como su autor pensaba.

Por tanto, tiene escasos motivos para saborearse en su *conclusión* con el pretendido triunfo del materialismo. Dice que las filosofías contrarias sólo se fundan en hipótesis, y él admite también algunas, pues que el mundo es infinito en tiempo y espacio, que el movimiento es eterno, que lo que parece orden en el mundo es casualidad, que los átomos son inseparables de las fuerzas y toda fuerza de los átomos, que hay generación espontánea y transmutación de especies, que la materia piensa, que el pensamiento es una fuerza secretada por el cerebro, que después de la muerte no hay otra vida para el espíritu, que los animales discurren y raciocinan y hacen adelantos, que la sociedad subsistiría perfectamente sin ideas morales, sin bien y mal, sin justicia ó derecho, sin deberes recíprocos, que su sistema es *la verdad* que debe prevalecer, aunque se hunda el mundo y no quede quien la profese. ¡Hipótesis todas, amigo Büchner! con el aditamento de ser contrarias á los hechos, ó á la sana razón, ó á la naturaleza, ó al sentido común: mientras que dejas de explicar, ó no tomas en cuenta, los hechos más evidentes, los del sentido íntimo, de la unidad del yo y la conciencia del libre albedrío.

Y porque dijo Wagner que en el materialismo no hay más moral que la del *comamos y bebamos, que mañana moriremos*, verdad evidente, se enfada Büchner con él y dice que «no es falso un principio porque algunos insensatos saquen de él falsas consecuencias»; en lo cual tiene razón, como si se quisiera condenar las cerillas y el petróleo porque con ellos se incendian los palacios y las casas y los campos por algunos materialistas: sólo que

en el caso presente no son falsas, y la prueba la da nuestro autor mismo, cuando, no teniendo cosa de provecho que responder, dice que poco importa que fomente su doctrina el deseo de goces, puesto que siempre fué lo mismo y nadie se mueve por otro principio, en lo cual expresa sin duda su propio hecho, pero no el de los demás. Y por esa misma falta de una razonable contestación, añade que hace abstracción de toda cuestión moral y utilitaria, sin advertir que una filosofía tan presuntuosa no puede, sin suicidarse, dejar á un lado un asunto tan fundamental y tan íntimamente ligado con ella, y que no es posible una verdad contraria á otra verdad; y en fin, por la misma causa concluye con estas palabras de Cotta, que condenan al uno y al otro, y á su sistema, al ridículo universal y á la execración de todo hombre decente: «el estudio de la naturaleza no tiene más objeto que la investigación de la verdad, sea estética ó no lo sea, lógica ó ilógica, conforme ó contraria á la razón, necesaria ó milagrosa....» Si la verdad del materialismo es de las ilógicas y contrarias á la razón, me avengo, pelillos á la mar, y dispensadme el atrevimiento.

FRANCISCO CAMINERO.